

REVISTA

CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

NUMERO 14- JULIO-1891

SUMARIO:

- I El patriotismo cristianoFr. Alberto M. Torres.
II Observaciones higiénicas.....Luis A. Loyola.
III Carta persuasiva al Sr. D. Ignacio
de EscandónJosé E. de Llano Zapata.
IV Gazul (dramaOctavio Cordero.
V A Pasteur.....Miguel Moreno.
VI Obras de Fr. Vicente Solano...Alberto Muñoz V.
VII Solemne distribución de premios.
VIII Boletín Universitario.



CUENCA

IMP. UNIVERSIDAD DEL AZUAY.—POR MIGUEL VINTIMILLA.

ECUADOR

REVISTA CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

AÑO 2° }

CUENCA, JULIO 31 DE 1891.

{ NUM. 14

EL PATRIOTISMO CRISTIANO.

Discurso pronunciado por el R. P. Alberto María Torres, O. Pr. Profesor de Filosofía, en la Solemne Distribución de Premios del Colegio Nacional de Cuenca, el 26 de Julio de 1891.

SEÑORES:

Al ocupar esta tribuna tantas veces honrada por ilustres personajes, y encontrándome ante un numeroso auditorio, cuyas virtudes y talento han dado á su patria justo renombre, veríase mi alma oprimida por el sentimiento de cobardía, si vuestro criterio ilustrado y generoso no me fuera tan conocido. Por eso, modestamente, pero sin timidez ni vacilación, vengo á llenar el honroso cometido de hablaros en esta solemnidad. Mas, no esperéis de mí, Señores, uno de aquellos discursos grandilocuentes y profundos que acostumbráis oír en ocasiones semejantes: no, que no poseyendo un talento privilegiado, debo contentarme con ofreceros nada más que algunas observaciones sobre un punto cualquiera de la ciencia. Este no será otro por ahora, que aquel sentimiento magnánimo y bello que se llama Patriotismo, al cual consideraré en su naturaleza íntima y en sus relaciones con la razón y la fe. Tema que me parece propio de las circunstancias, no sólo porque mi palabra debe ser el eco de vuestros sentimientos actuales, sino también porque creo, con Santo Tomás, que, *no precediendo al culto de la Patria más que el culto del Dios Supremo, primer*

principio de nuestro ser y gobernación, el Patriotismo es el alfa y el omega de las enseñanzas que debemos dar á la juventud, los encargados de la ardua misión del magisterio.

Al principio de los tiempos hubo, Señores, un día en que, según la Cosmogonía de La-place, justamente llamada *epopeya científica*, el Omnipotente sacó de la nada una nebulosa inmensa que, dotada de movimiento giratorio, fué formándose un núcleo propio, al paso que las partes de ella desprendidas, en virtud del mismo movimiento, formaban también sus puntos centrales, en cuyo derredor giraban y giraban, hasta quedar consolidadas: resultando así el Universo que hoy contemplamos. No de otra manera me represento el origen y desarrollo del linaje humano. Crió Dios al hombre, y la arcana fuerza reproductora con que le dotó vino á hacer de cada uno de sus hijos, centro de otras familias, que multiplicándose prodigiosamente constituyeron los pueblos y naciones que han ido apareciendo y desapareciendo sobre el haz de la tierra.

A estas agrupaciones de hombres que, amándose como hermanos y reconociendo en la Autoridad al *padre que fué común* á todos ellos, viven en un territorio determinado, formando un cuerpo moral que lleva en sí las condiciones de una vida propia é independiente, se ha dado el nombre de *Patria*; y á esa fuerza misteriosa, que uniendo las voluntades de los súbditos, entre sí y con la autoridad, es el principio de la vida y del progreso, es el alma de ese cuerpo moral, llamo yo *Patriotismo*.

El Patriotismo es, en efecto, el alma de la Patria. Porque, ¿qué es el alma para el cuerpo?— El alma, dice un gran pensador antiguo, es para el cuerpo *principio de vida, de decoro é inmortalidad*. Ahora bien: estudiemos el origen de un pueblo cualquiera; y daremos siempre con hombres que, renunciando á su nativa independencia y perdiendo parte de su libertad, prefieren vivir en un lugar determinado y á las órdenes de un hombre que muchas veces en nada les aventaja, sólo porque un secreto instinto de la naturaleza los impulsa á ello, inspirándoles de un modo incomprensible la fe en la comunidad de origen y en la tendencia común hacia un mismo eterno fin. Es decir, que la piedad filial y el sentimiento de fraternidad, elementos esenciales del Patriotismo, han sido también el *principio constitutivo* de ese pueblo. Y si vemos á ese mismo pueblo, que gozando de aquella *unitas pacis* de que habla Santo Tomás, y disfrutando de todo lo necesario *ad bene vivendum*, se dirige y encamina *ad bene agendum*, hasta llegar á ser la envidia de otras naciones, á cuyo furor y ambición puede oponer el valiente pecho de sus hijos, que saben ó vencer en Maratón ó morir en las Termópilas: ¿no es verdad que decimos: hé aquí una nación modelo: aquí *se vive con decoro*: aquí hay patriotismo? Y, finalmente, si observamos á ese pueblo, que semejante á un colmenar de abejas trabaja sin descanso; pero no formando jardines, cuyas flores perecerán á su vista, ni plantando árboles, á cuya sombra descansará él solo; sino abriendo caminos á lo romano, levantando edificios colosales, implantando instituciones duraderas, emprendiendo obras, en fin, de que él no gozará, por cierto, pero sí sus hijos y los hijos de sus hijos ¿no es verdad que exclamamos entusiasmados: ¡Oh pueblo digno, pueblo verdaderamente

noble y patriota! que sintiéndote grande quieres *immortalizarle*, comunicando tu vida aun á las generaciones que han de venir!?

Hé aquí, Señores, lo que es *en sí* el Patriotismo, tal como debe entenderlo el filósofo y el sociólogo. Tendencia inconsciente hacia Dios, nuestro padre universal; amor instintivo hacia todos los hombres, nuestros hermanos; pasión inmensa de la naturaleza, circunscrita á determinadas personas y lugares; fuerza unitiva de inteligencias y corazones: el Patriotismo es la preciosa reliquia de nuestras riquezas del Edén, destinada á ser el exclusivo patrimonio de las almas grandes, abnegadas y heróicas, que son la vida y el lustre de la patria. Por eso, donde él reina, ésta es libre, activa, poderosa: es Grecia, es Roma; donde él falta, ésta desfallece ó muere es la Tienda del gitano, que arrastra con él una vida de miseria é ignominia !

He nombrado, Señores, á Grecia y Roma; y al sonido de esos nombres venerandos os habéis representado ya á Leonidas y sus treientos valientes, á Erichthæo que sacrifica á sus hijas por la salud de sus conciudadanos, á Pompeyo que no teme al naufragio con tal de calmar pornto la hambre de Roma, á Pablo Emilio que no se consuela de la muerte de sus hijos sino pensando en que estas víctimas pueden ser las salvadoras de la patria, á innumerables héroes, en fin, que han señalado en esos pueblos el más alto grado de patriotismo. Empero, "volved los ojos, os diré con un tristemente célebre escritor de nuestros días, volved los ojos á esas naciones tan cultas, tan sabias. . . . Su historia casi no es más que la historia del crimen y de la desgracia. Un odio furioso sublevaba á unos Estados contra otros Estados, y á las guerras exteriores se unían las intestinas. Sediciones, conspiraciones, asesinatos, proscripciones, hé aquí el único objeto, y uniforme materia de los escritos de sus historiadores....." Y no podía ser de otra manera, Señores: porque, si hemos de creer á Hérmann, Nágelsbach, Dóllinger, Wálter, Wáchsmuth y otros no menos ilustres y sabios concedores de la antigüedad, así en Grecia como en Roma, el hombre, cuando niño, no siquiera tenía derecho á la vida, si su padre no lo consentía expresamente; y cuando adulto, aún no era hombre si antes no era ciudadano; y si no era ciudadano, no era libre, no era persona; era tan sólo una despreciable molécula destinada á ser absorbida por el gran monstruo llamado Estado. Y la mujer? Ah! Señores; corramos más bien un denso velo sobre la historia antigua, para no ver la degradación y oprobio de esta débil criatura, cuyas cadenas ni intentarón sacudir los mismos Sócrates, Platones y Cicerones!. . . . Desconociéndose, pues, la dignidad de la mujer, el derecho del niño, la personalidad del hombre: natural era, que para el griego y el romano la idea de Patria fuera algo incompleto, fantástico, caprichoso. Así, para unos, Patria no fuè más que un *pedazo de tierra*, rodeado de fuertes murallas, fuera de las cuales sólo había enemigos ó bárbaros que no merecían sino la muerte ó la esclavitud; y para otros, eximios como Sócrates, Eurípides y Plutarco, patria era *todo el mundo*, pero no ese mundo compuesto de seres humanos, vivientes, personales; sino ese mundo ideal, ilusorio, que se habían forjado para excusar la indolencia con que miraban las desgracias del patrio suelo. por el cual jamas habían sentido la más leve palpitación de ternura y de amor.

Y así como griegos y romanos no conocieron el verdadero Patriotismo, tampoco lo conocieron los que, al través de tantos siglos, se hanpreciado de adoradores de sus letras y cultura: ¡ el humanismo, Señores, jamás fué patriota ! Allí estan Goethe, Schíller, Lésing, Fichte, Hégel y Schopenbáuer, para no nombrar más que la flor y nata del humanismo alemán; allí están Voltaire, Rousseau, Fourier, y toda esa turba de *ilustradores* franceses que fueron á lucir su patriotismo en Berlín, Haag y Petersburg, ó quedaron en su país á ser los protagonistas de la gran Revolución. ¡Qué débiles fueron estos *espíritus fuertes*, que no podían hablar sino de hinojos ante los tiranos de su siglo ! Me ruborizo, Señores, de hablaros sobre la indiferencia y el desprecio con que estos ídolos del humanismo trataron á su patria. Cierro más bien mis labios. . . . y los dejo en manos del justiciero Dante, que sabrá hundirlos, allá, más abajo que los herejes, en el círculo de Caín y de Judas! . . .

Mas, si ni en Grecia ni en Roma, ni en Alemania ni en Francia, *imperios poderosos de la soberana Razón*, ha podido crecer y fructificar el santo árbol del patriotismo, preciso es, Señores, buscarlo en otras regiones; que debe elevarse muy alto, ya que su sombra llega hasta nosotros; ¡ sombra querida, que aún cubre con amor las tumbas sagradas de nuestros mártires de la Independencia y Restauración !.

Decía Aristóteles, que la virtud está siempre en el medio; y según esto, el verdadero Patriotismo debe encontrarse, por necesidad, entre el fanático Particularismo y el descorazonado Cosmopolitismo, que acabamos de enrostrar á antiguos y modernos humanistas. Y ved aquí, Señores, lo que precisamente nos enseña nuestra santa Religión. Genio de amor y de paz, suspendido entre el cielo que ilumina con los rayos de su frente, y la tierra que palpita al suave contacto de sus plantas, lleva siempre á la mano un libro abierto, que nos invita á registrarlo. Es el código salvador de los individuos y las naciones. En él está escrito por Moisés y los Profetas, por Cristo y sus Apóstoles, que el hombre es un ser personal, independiente y libre; que el niño tiene derechos aún antes de ver la luz de este mundo; que la mujer tiene iguales derechos que el hombre; que la familia es el ideal de la más grande felicidad terrena; que la patria, después de Dios, es el primer ídolo del corazón humano; que la humanidad, en fin, no es más que una gran familia, cuyo padre es Dios y cuyos hijos los hombres todos, entre quienes debe reinar la más perfecta armonía, el más entrañable amor. Doctrina es esta, Señores, que regenera radicalmente los elementos del verdadero Patriotismo, y de árbol raquítico y enfermo que era lo convierte en más robusto que el cedro y más levantado que la plama. ¿Qué maravilla, pues, que ya en la misma antigua Ley hayan tenido por panegirista al espíritu Santo, aquellos varones esforzados que mejor cultivaron esta simple y sublime virtud? Oh ! leed la historia del pueblo hebreo, y descubríos, á lo menos, ante la valerosa Judit, que se vale de su misma debilidad para destruir al tirano de su patria; saludad, siquiera de paso, al inclito Matatías, que siente retorcésele las entrañas al ver los ultrajes que un bárbaro usurpador irrogara á su pueblo querido.

Y esto no es todo, Señores. El amor de la patria fué, en verdad, ennoblecido y consagrado por la Religión, desde su origen; pero, llegada la

plenitud de los tiempos, era menester que también él, como las demás cosas, fuese sublimado y divinizado en la misma persona del Salvador del mundo. Y así fué, en realidad. Cristo nuestro Señor fué el más perfecto modelo de un verdadero patriota. Amó él á toda la humanidad, y dió su vida por ella; pero al mismo tiempo ¡cuánta predilección no mostró por su propio país! Allí derramó el torrente de sus misericordias, allí difundió la luz de su divina palabra, y no se fué á los gentiles, sino rechazado por sus compatriotas; y cuando la Cananea imploraba su gracia, mujer, le dijo, no es justo echar á los perros el pan de los hijos. En su vida no lloró sino sobre la tumba del amigo y sobre las desgracias de su pueblo. "¡Lágrimas sagradas, que no derramó por nuestra salud, sino por las heridas de la patria! Lágrimas de patriotismo y de amistad, que debían enseñar á los siglos, que el Hijo de Dios es también Hijo del Hombre, y que las virtudes que adornan la tierra son hermanas de las que pueblan el cielo!"

La iglesia católica, la inmaculada esposa de este divino Modelo, ha recogido con ternura esas lágrimas, y de continuo las hace aparecer, brillantes y gloriosas, en los ojos de sus más preclaros hijos. Habladnos vosotros ¡oh Agustín de Hipona, oh Tomás de Aquino ! vosotros los más sabios hijos de cuantos ha engendrado esa Madre: ¿ no es verdad que ella os enseñó, *que no se puede ser cristiano, sin amar la patria y desvivirse por ella?* ¿no es verdad que ella os dijo, *que por amor á la patria debe uno ser virtuoso, debe sacrificar no sólo sus bienes, sino la misma vida?* Sí, Señores, estos Reyes del pensamiento, cuya doctrina es la de la iglesia, enseñan de consumo: que para olvidarse de la patria terrena, aspirando á la eterna, se necesita una gracia especial, porque el cristiano ama á la patria con el mismo amor con que ama á sus padres; que en el crimen de lesa patria están comprendidos todos los crímenes; y que el verdadero patriota tendrá, aún en el cielo, un especialísimo premio.

Mas, si en vez de doctrinas, queréis ejemplos; abrid, Señores, la historia del catolicismo, y veréis á innumerables héroes como Ambrosio de Milán, León Magno, Epifanio de Pavia, Jacobo de Vorágine; y heroínas como Genoveva, Pulqueria, Catalina de Sena, Juana de Arco, nombres que glorificarán eternamente el amor patrio; veréis al genial dominicano, Jerónimo Savonarola, aclarando los albores de la Edad moderna con las llamaradas en que le hicieron expiar el crimen de haber fulminado desde el púlpito los vicios de los grandes, de haber sido el profeta de la ira de Dios, que anunciaba la futura calamidad de la iglesia, y el legislador del pueblo florentino, al que educaba y encendía en el amor de la libertad; veréis en pleno siglo XIX, á otro hermano de aquel, al *primer orador del siglo*, según Pío IX, á Fray Tomás Burke, en el afán de sacudir el yugo de la mártir Irlanda, levantar hasta los cielos el patriótico grito: "Yo no tengo en mis venas más que la sangre pura del irlandés, y soy irlandés en mi cuerpo, en mi alma, en mi espíritu, en mi corazón; y después de mi amor por mi Dios y su iglesia, viene mi amor por mi país y por mi pueblo!"

Este sería el lugar, Señores, para responder á las inculpaciones de antipatriotismo con que en todo tiempo se ha pretendido manchar las glorias de la Religión; pero lo dicho basta, para convenceros de que sólo una extremada ignorancia ó una negra perfidia puede ser capaz de tal procedimiento.

Concluuyamos más bien: sí, concluuyamos, Señores, ensalzando á esta Religión sacrosanta, que así ha divinizado al Patriotismo, levantando al hombre de la ominosa abyección en que se hallaba; fulminado por do quiera á la esclavitud y al despotismo; sacrificando todo interés privado en aras del bien común; consagrando aquel retazo de tierra en que se meció nuestra cuna, y enseñándonos a amarlo con vehemencia, á amarlo hasta el martirio, por el cual nos ofrece ceñir las sienes con una corona de gloria inmarcesible ! Reanimemos, en consecuencia, el entusiasmo que debemos tener por el cultivo de esta virtud excelsa en el corazón de la juventud de hoy, que serán los patriotas de mañana: procuremos trasmitirla pura, ardiente, vigorosa: perpetuémonos así en las generaciones venideras, comunicándoles generosamente este inagotable *principio de vida, de decoro é inmortalidad*.

Y vosotros ¡oh jóvenes! aconstumbráos desde ahora á ser patriotas de carácter. Amad á vuestra patria, observando sus leyes, y las de Jesucristo, su Señor; teniendo una fe viva y laboriosa; ilustrándola con las obras de vuestro genio; cantando sus glorias ó llorando sus desgracias; sacrificándoos, en fin, por ella, con aquel ardor con que se sacrificaron los héroes que la hicieron soberana! Grabad, pues, en vuestra mente estas pocas ideas con que he querido contribuir á la solemnidad de este momento en que, coronados de laurel y con una medalla al pecho, os sentís más grandes que un conquistador, más felices que un monarca. Momentos solemnes son estos ¡oh jóvenes que me escucháis! momentos, cuyo recuerdo os acompañará hasta el sepulcro, cual un Genio benéfico, inspirador de grandes obras. ¡Quiéra el cielo, que también mis palabras vayan con él, y os ayuden alguna vez á segar nuevos laureles en el campo de las letras, de la virtud y del honor!.
